

Liber Forti en mi Estudio

Sé que suena bonito, por eso elegí este título; para llamar tu atención. Según eso yo debería haber sido un productor de arte o un estudioso cuando Liber me visitó en Ginebra en el invierno de 1981. En realidad, un "Studio" -así se llamaba-, era la más escueta manera de que un estudiante, o una pareja de estudiantes, cuenten con un techo y cuatro paredes en la Suiza de aquel entonces: un pequeño ambiente que hacía las veces de dormitorio, escritorio, comedor, estar, solario y sala de reuniones, más un minúsculo baño y una diminuta cocina. Allí estuvo Liber Forti, por una larga e inolvidable noche, con un grupo de estudiantes bolivianos y suizos que habíamos constituido un CONADE (Comité de Defensa de la Democracia) en repudio al golpe militar de Luis García-Meza y Luis Arce Gómez. El plural era sustantivo.

Éramos ese tipo de jóvenes que despertaron a la vida política al distante tronar de disparos, tanques y ambulancias en el país que añorábamos y en el cual súbitamente se presagiaba lo peor. Nuestras familias se habían dado modos para hacernos saber que era mejor que nos olvidásemos de Bolivia porque allá había que caminar con el testamento bajo el brazo. Liber estaba de gira por Europa junto a Simón Reyes y Víctor López denunciando el golpe militar y motivando a la solidaridad consciente y al apoyo político a quienes resistían a la dictadura. Simón y Liber prefirieron reunirse y alojarse con nosotros, mientras Víctor departía con exiliados políticos recientes organizados bajo lemas partidarios. Nuestro grupo era heterodoxo; activo, pero sin estructura ni jerarquía. Lo más cercano de lo que se nos podía acusar era de ser anarquistas. Pero no éramos ni siquiera eso.

En Bolivia, la dictadura había ofrecido 20 años de orden, paz y trabajo; pero nadie sabía entonces si serían 20, o 7, o 40, o 2 como fueron finalmente; por lo menos nosotros no lo sabíamos. El desconocimiento internacional al Gobierno militar era un factor clave para la no consolidación del régimen de García-Meza y Arce Gómez. En esas andanzas estaba Liber Forti cuando nos sentamos a conversar sobre el papel que nos tocaba en la resistencia al golpe, sobre las luchas de los trabajadores bolivianos, sobre la realidad en las minas y sobre la vida.

Ya habíamos aprendido a hablar con dirigentes que se exiliaban en Suiza o que iban a Naciones Unidas a presentar documentos y testimonios. Sabíamos cómo acompañarlos y ayudarles evitando indisponerlos con nuestro compromiso juvenil: emocional, intelectual e incondicional, pero no partidario. Así que empezamos con tacto. Sin embargo, como un mago que levanta una varita y enciende las luces, Liber rompió la formalidad señalando que los partidos -como bien describe su denominación- estaban partidos, es decir resultaban de quebraduras y jalones, y que lo que se necesitaba, en esa coyuntura y siempre, no eran partidos "partidos", sino una gran unidad entre trabajadores, intelectuales, estudiantes, amas de casa, artistas, políticos y quienquiera que se opusiera al oprobio de las dictaduras y que soñase con un mundo libre, poblado de hombres libres.

Por una noche nos sentimos totalmente libres de decir nuestro pensar y sentir político y humano y compartimos toda clase de inquietudes, estrategias y expectativas; ya no solamente sobre la próxima derrota de la dictadura, sino sobre el mundo que había que construir para las generaciones venideras, en Bolivia y en el mundo entero y sobre el arte como opción política y de vida.

Supimos cómo descubría Liber, entre los trabajadores de maestranza que manipulaban hábilmente girones de acero, manos artísticas capaces de expresar sobre una tarima la realidad más profunda del trabajo, su belleza, y por ende la urgencia vital de rescatarlo para el hombre. Supimos cuánto sirvió la música clásica más refinada para acompañar al proletariado en las radios mineras.

En lo mejor de nuestro entusiasmo, sembró con puntería atómica una semilla en el corazón de nuestras vidas, al tiempo que nos echaba un balde de agua fría. Dijo que deberíamos tener más que nadie urgencia de que el proceso político avance prontamente, ya que como estudiantes teníamos la chance de ser amigos del pueblo y soñar un mundo libre; ya luego nos recibiríamos de profesionales y nos convertiríamos en sus enemigos, o en aliados de sus enemigos.

No cabe duda que no le faltaba razón; de hecho, ninguno de los que departimos aquella noche murió por la revolución ni encabezó las mayores batallas del proletariado de Bolivia. No obstante, que yo sepa, de todos aquellos muchachos y muchachas que con el tiempo tomaríamos diferentes caminos, ninguno traicionó el sentido de justicia, de libertad, de fraternidad que nos animaba; y ninguno usufrutuó de la política, lo que no hubiese sido tan difícil. Más bien, unos más que otros, apoyamos causas populares desde distintas funciones y colectivos ciudadanos y criamos hijos y nietos con sentido de justicia y de libertad.

Pienso que quizás todos esos jóvenes no olvidaron el comprometido sentir de Liber que nos transmitió vivencia y no sólo un relato, que nos transmitió compromiso y nos mostró confianza en nosotros como personas al compartir esas horas. Imagino también a veces que, como yo, al despertar en alguna noche de dudas existenciales, recordaban aquella tertulia y se decían a sí mismos: “yo no traicionaré nunca mis sueños de juventud”.

*César R. Sevilla L.
La Paz, 5 de febrero de 2018*